

Hombres repetidos

(*Diario de Navarra*, 12. 01. 98)

El último espectáculo es el anuncio de clonación de seres humanos y sobre él, cómo no, ya se demanda un debate ético. La misma estupidez rampante que adelgaza de Ética o de Filosofía a los planes de estudio, se complace luego en lamentar la crisis de valores y en convocar solemnes simposios morales. Se diría que a la ética sólo le toca pronunciarse acerca de lo extraordinario o imprevisto; en las cuestiones ordinarias y de cada día, nada (al menos, *nada de especial*) tendría que decir: en estos asuntos cada cual se habría de guiar por sus espontáneos -y muy respetables (?) - criterios.

Añádase que, en el mejor de los casos, el parecer ético será oído como uno más, al lado de (y en realidad subordinado a) los puntos de vista científico, económico o legal. Ahora bien, en una sociedad verdaderamente humana valdría la propuesta inversa: que la economía, la ciencia y la legislación han de ocupar un segundo rango y quedar a merced de lo que sugiera la ética. Al fin y al cabo, ella es la que trata de lo sustancial del hombre -de su felicidad o vida buena, de su fuerza o virtud, del cuidado del prójimo...-, en tanto que las otras regulan tan sólo aspectos secundarios de su existencia. De modo que las reflexiones éticas no tienen por qué venir detrás o a remolque de los hechos (de cuya moralidad debería luego dictar sentencia), sino delante de ellos y como su más perfecto proyecto.

Pero, y aun desde esa minúscula tribuna que el presente le concede, ¿qué proclamaría un sujeto moral a propósito de esos hallazgos sobre embriones?. Por de pronto, que toda ampliación del conocimiento representa sin ningún género de dudas una *ganancia en humanidad*. Ese ser indeterminado e ilimitado que es el hombre sólo se humaniza gracias a su progresivo distanciamiento de la naturaleza. Este animal anormal conquista su humanidad (su dignidad, o sea, su libertad) en la medida en que, lejos de quedar sujeto a la necesidad natural, se afana en poner la naturaleza a su servicio. Quien piense otra cosa ya puede probar a prescindir del lenguaje o de los fármacos, renegar de la ciudad o de la gastronomía. Sin embargo, replicará el creyente,

llevar ese dominio hasta el control de las fuentes mismas de la vida, ¿no sería incurrir en idéntico pecado que el cometido en el Paraíso y pregonar esa diabólica voluntad de *ser como dioses* ?. En efecto, pero la tarea del hombre no es otra que la de volverse un dios para el hombre.

Claro que ese indudable crecimiento en humanidad bien puede trocarse en *pérdida de humanidad y para la Humanidad* . Que el ser humano domine poco a poco a la naturaleza no significa, ni mucho menos, que domine en igual medida sus propias relaciones con la naturaleza. Junto a palpables ventajas, los riesgos que entraña la técnica de clonación humana ya comienzan a entreverse: bancos de reserva de embriones o fetos (¡y adultos!) con fines de experimentación o de donación de órganos, probabilidad de una manipulación genética inmoderada, fabricación en serie de cosas de apariencia humana para usos industriales o militares, y otras visiones no menos dantescas. Lo que seguramente vale para los bichos no vale para los hombres. En su caso, los clones se habrían transformado, ay, en siniestros *clowns* . Y mientras la ingeniería genética no confirme o descarte tales previsiones, nuestro sujeto moral tendrá que hacer oír algunas verdades más obvias. A saber, que no hay ser humano si no es primero individuo, es decir, alguien singular y único, irrepetible e insustituible; que la regla de oro de la conducta moral es hacer del hombre un fin, y nunca un medio; que, por último, la relación con nuestro organismo no es de propiedad, sino de identidad: el hombre no *tiene* un cuerpo, sino que *es* su cuerpo.

Sólo que la ética no se agota -como muchos quisieran- en tan angélicos y abstractos enunciados, sino que dirige su mirada hacia las condiciones efectivas de sus excelentes propósitos. De poco vale la bioética de moda si no es a un tiempo una socioética. Desborda entonces el marco de los dichosos embriones duplicados y apunta hacia donde en verdad se arriesga hoy la humanidad del hombre.

A la ética le toca denunciar, por un lado, la racionalidad instrumental que nos posee. La idolatrada Ciencia de nuestros días, como en general la conciencia entera de la sociedad, está *subordinada a la Técnica*. Es decir, a ese modo de ser y pensar atento

sólo a los medios, pero de ningún modo dispuesto a cuestionarse la bondad de los fines. Hoy más que nunca, los medios tecnológicos apropiados determinan sus propias aplicaciones y no consienten otra evaluación como no sea desde sus propios criterios de eficiencia. De la tecnología genética puede, en suma, decirse lo que J. Ellul expresa del técnico a secas: que "nunca avanza hacia nada sino *porque* es empujado desde atrás. El técnico no conoce por qué trabaja y generalmente no le importa. Trabaja *porque* tiene un instrumento que le permite ejecutar cierta tarea, para entrar en una nueva operación... ". La misma calidad técnica se manifiesta (y una parecida *neutralidad* ética se reclama) en la invención de la hormona del crecimiento que en aderezar los hornos crematorios de Auschwitz.

La otra denuncia que hace la ética es que esa Ciencia, lo quiera o no, está *al servicio del Mercado*; que el destino forzoso de sus productos es la compraventa. O, lo que es igual, que ese poder general de la Humanidad no se aplica a resolver las necesidades más acuciantes de los hombres, sino tan sólo las más solventes; esto es, las más lucrativas para ese único sujeto social contemporáneo (y esencialmente inmoral) que es el Capital. Por si alguien aún lo dudara, que pregunte quién, en qué cuantía y con qué fines financia el grueso de la investigación científica. De ahí el inmenso escándalo de que, a espaldas de un mundo atenazado por guerras, epidemias y hambrunas, se otorgue el máximo interés a afinar las armas bacteriológicas... o, lo mismo da, las técnicas de clonación. Ya no cabe repetir aquello de que "hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad". A poca conciencia que se conserve, más bien habría que confesar que las ciencias hoy prosperan a costa de mantener a buena parte de la Humanidad *en la barbarie* .

Y así es como, a la postre, la ética no tiene más remedio que desembocar en la política. Pues el ejercicio de aquella inmensa potencia que la investigación científica saca a la luz apela a una razón más elevada que la instrumental: requiere una profunda razón teórica y *práctica* . Pero invoca asimismo un orden político mundial muy superior a esta arbitraria sociedad de mercado: exige una comunidad humana racional, *o sea, moral* . Tal es el reto, y no otro, que aquí nos lanza la ética.

